

SAL SI  
PUEDES

RICHARD  
BROOKS

LACALLE  
DELESPANTO

**RICHARD BROOKS**

La calle  
del  
espanto

Edición especial del  
Círculo de Lectura Guillermo Andreve  
con motivo de la  
IV Feria Internacional del Libro  
celebrada en Panamá  
y dedicada a España.



**UB**  
UNIVERSAL BOOKS

Panamá, 2007

# La calle del espanto

© Ricardo Arturo Ríos Torres

ISBN: 978-9962-623-63-2

*Diagramación de texto*  
Lourdes Jaramillo Aguirre  
lourja@cwpanama.net

*Portada*  
Enrique Jaramillo Barnes

*Trabajo fotográfico*  
Luis Felipe Ríos Torres

*Correcciones:*  
César Guillermo  
Ellis Mckay  
Isolda De León Becerra  
Karina Bermúdez

Tercera edición corregida y aumentada  
2007

Correo electrónico:  
rriost@hotmail.com  
rriost@cableonda.net

Impreso por Universal Books  
Panamá, República de Panamá

## *Dedicatoria*

A mis abuelos:  
*Richard Brooks y Beatríz*  
Gabriel y Marcelina

A mis padres:  
*Luis y Lilly.*

### **Los juegos intelectuales de Borges:**

*“El tiempo es la sustancia  
de que estoy hecho.  
El tiempo es un río que me arrebató,  
pero yo soy el río;  
es un tigre que me destroza,  
pero yo soy el tigre;  
es un fuego que me consume,  
pero yo soy el fuego.”*

*“Los encabezamientos nos guían,  
los epígrafes estimulan nuestra memoria.”*

**Andrei Bítov**



# ÍNDICE

Dedicatoria.....	3
I. ERNESTO ENDARA .....	9
II. RENATA DURÁN.....	21
III. PINOCHO.....	23
IV. SHEREZADA .....	25
V. BARBA AZUL .....	29
VI. KAMA SUTRA .....	33
VII. MERLÍN .....	37
VIII. HORUS .....	41
IX. VENUS .....	45
X. JORGE CONSUEGRA .....	47
XI. HORMIGUITA .....	51
XII. GUILLERMO ANDREVE .....	55
XIII. MORGANA .....	57
XIV. ARIEL BARRÍA .....	61
XV. ¡PESCAO! .....	65
XVI. ISOLDA DE LEÓN .....	69
XVII. ROSA MARÍA BRITTON .....	73
XVIII. HITLER .....	79
XIX. ARTEMISA .....	81
XX. ROGELIO SINÁN.....	83
XXI. PABLO NERUDA .....	87
XXII. RAMÓN FRANCISCO JURADO .....	91
XXIII. SEBASTIÁN TAPIA .....	95

XXIV. SAMUEL GUTIÉRREZ .....	97
XXV. ROSE MARIE TAPIA .....	101
XXVI. EROS .....	103
XXVII. LETRAS DE FUEGO .....	105
XXVIII. NEFERTARI.....	111
XXIX. ENRIQUE JARAMILLO LEVI .....	113
XXX. GABRIELA MISTRAL.....	115
XXXI. JAVIER RIBA PEÑALBA .....	119
XXXII. RAMÓN FONSECA MORA .....	121
XXXIII. RICARDO MIRÓ .....	127
XXXIV. CÍRCULO DE LECTURA GUILLERMO ANDREVE.....	131
XXXV. JORGE THOMAS .....	135
XXXVI. LUIS PULIDO RITTER .....	137
XXVII. MONA LISA .....	143
XXXVIII. JUAN MANUEL CASARES.....	147
XXXIX. RICARDO ARTURO RÍOS TORRES .....	151
XL. AFRODITA .....	155
XLI. MARAÑÓN .....	157
XLII. DOLMA .....	161
XLIII. APOCALIPSIS .....	165
XLIV. PIRANDELLO .....	169
XLV. NELE KANTULE .....	173
XLVI. ALONSO QUIJANO .....	179
XLVII. MARCELINA .....	183
XLVIII. EL ESCARABAJO .....	187

Epílogo .....	191
Ricardo Arturo Ríos Torres (perfil).....	195
<b>DIÁLOGO CREATIVO EN TORNO A “LA CALLE DEL ESPANTO”</b>	
Análisis sobre la novela <i>La calle del espanto</i> de Ricardo Ríos (Richard Brooks) por Dr. Diógenes Cedeño Cenci .....	199
La intertextualidad en <i>La calle del espanto</i> por Nimia Herrera G. ....	221
Richard Brooks, Escritor-escritor por Jorge Consuegra .....	229
<i>La calle del espanto</i> : objeto literario no identificado por Joaquín González J. ....	239
Richard Brooks: una “locura literaria” para examinar de cerca por Humberto López Cruz .....	245
Entrevista a Richard Brooks por Yolanda Crespo .....	249
Crónica de una locura narrativa anunciada por Allen Smithee .....	261
Asalto final: Un Relato sobre <i>La calle del espanto</i> por Ariel Barría .....	265
Richard Brooks (poesía) por Mirtha Cirila .....	275
Calle del Espanto (canción) Letra: Karima Barría M. Intérpretes: Identidad .....	276



# I

## ERNESTO ENDARA

*"Nunca se está lo bastante lejos  
para encontrarse"*

Alessandro Barico

La mañana es radiante y Palillo camina con pasos lentos por Salsipuedes. Delante de él, entre la ola humana, se distingue un singular viejo que va cojeando con gracia. Algo hace que Palillo lo mire atentamente. De pronto ve que de sus manos caen unos curiosos lentes, los que el niño recoge con agilidad. Su primer pensamiento es que debe correr a devolvérselos, pero los aros plásticos y el raro brillo metálico de los vidrios multicolores lo distraen un instante. Cuando alza la vista y busca al viejo con afán, éste se ha perdido ya entre los laberintos de las casetas de buhonería.

Palillo acaricia con entusiasmo los atractivos espejuelos y se deja vencer por la tentación. Los lentes se ven enormes cabalgando sobre su nariz de chiquillo, pero lo que ve a través de ellos es muy diferente: los rostros que pasan por delante reflejan enigmas, son máscaras detrás de las que puede ver, asomándose, los

sentimientos. Por primera vez percibe el alma de la gente, las ambiciones que la ensombrecen, los temores que la distorsionan, y todo eso lo asusta. Él, que en sus cortos años todo lo ha vivido en las calles de la ciudad, se paraliza; un susto inmenso lo detiene. Con manos sudorosas retira las gafas de su rostro y todo vuelve a ser como antes y retorna el bullicio de los que entran como pueden en esa calle de magias y milagros.

Con inquietud, Palillo se introduce en La Pagoda, en busca de las sobras que dejan los clientes. Al cobijo de las sombras, y embriagado por los olores orientales, quiere asegurarse de que se puede ver de otro modo con los anteojos y vuelve a colocárselos. Enseguida surgen imágenes insólitas, la clientela y los cocineros ceden lugar a la visión de muchos orientales de largas trenzas que fuman alcaloides en actitud displicente. Cuando alza la vista, se le escapa un grito de espanto ante las hileras de chinos colgados a lo largo de la ruta del caballo de hierro, que ahora se tiende frente a sus ojos hasta perderse a una orilla de un río majestuoso al que un botero corpulento llama "Chagres", mientras a su lado pasa humeando y relinchando la locomotora que lleva estampado un nombre: "Panama Rail Road". Palillo se agazapa entre la maleza, mira con terror los pies descalzos de piel amarilla que se mecen al ritmo de la brisa.

Alguien llega y se sienta al lado suyo y observa a los colgados; como para calmarlo, le explica:

—“Se están muriendo de melancolía; se están ahorcando por montones”.

A sus espaldas se alza un barullo descomunal; voces de ira, gritos furibundos. Cuando curioseosa se percata de que está en marcha una riña entre un grupo de hombres rubios y otros de piel oscura, agrupados alrededor de una mesa llena de sandías. Las voces abren paso a las manos, y estas a las armas. Es un huracán de relámpagos, de sangre y de muerte.

Palillo escapa cuando escucha las detonaciones y el restallar de los machetes; en un oportuno acceso de lucidez se despoja de los anteojos; sudoroso y desencajado, alguien lo está echando de La Pagoda.

Las piernas le tiemblan mientras busca su refugio acostumbrado. Se extraña de que ya sea de tarde, cuando sólo lleva la cuenta de unos minutos pasados en La Pagoda. En la oscuridad anticipada por los aleros se oyen los sollozos de los niños perdidos en Salsipuedes; él conoce, y le aterran, las muchas leyendas que hablan de un arte culinario macabro en esa Calle del Espanto. Cuentan que hay gente que prepara insólitos brebajes a costa de niños no bautizados; él cierra los ojos con fuerza y sigue adelante. Es un barrio caliente, con malandrines, prostitutas y vendedores de fantasías, donde

nace el arte del *juega vivo*, en una comunidad que durante siglos ha buscado escapes a las imposiciones. Allí un peruano con sus pajarillos adivina el futuro a los viandantes; un griego vende manzanas y palomitas de maíz; un interiorano, alpargatas y sombreros de La Pintada; la billetera pregona esperanzas; la mulata, hojas que reviven muertos. A unos pasos de allí, en el rincón de los imposibles, habitan Palillo, Hormiguita y el Grillo.

En sus once años, Palillo no había sentido antes tantos temores; hoy el miedo lo envuelve, lo angustia. Él ha encarado amenazas, se ha parado firme ante rufianes mayores que él, y los ha echado de su territorio, haciéndose respetar. Pero ahora regresa agotado y cabizbajo y, en silencio, se refugia en el oscuro zaguán, ese largo y estrecho túnel que se traga a los hijos de la calle, y los arrulla.

—¿Dónde estabas?—, le inquietan sus amigos.

—Dando vueltas—, responde flojamente.

—Oye, ¿qué traes?—, Déjame ver eso.

Hormiguita tiene vista de águila. A pesar de la penumbra, logra captar los anteojos que Palillo quiere esconder dentro de su camisa. Mientras pregunta, sus manos esculcan al compañero, seguido por la mirada atenta de Grillo.

—¡Hey! Suave... No es nada, sólo son unos anteojos...

—¡Wao! ¡Qué lentes más pifiosos!

Absorto en su contemplación, Hormiguita no se da cuenta que Grillo se ha acercado por detrás y le arrebató los lentes. Cuando reacciona, ya los tiene puestos y se va corriendo hacia la calle. Allí, al borde de la acera, se detiene de súbito. Por la vía va corriendo una muchedumbre, vestida con ropas de otra época. Alguien, desde un balcón, grita algo, y un hombre entre el grupo le avisa:

—¡Corre, que van a fusilar a Victoriano Lorenzo en el cuartel de Chiriquí!

Detrás de ellos sigue el Grillo, preguntándose dónde están los autos, la gente que conoce, los comercios que frecuenta. Sin saber por qué, sigue detrás del grupo, hasta ver frente a él a un pelotón de militares que marcha escoltando a un hombre de piel cobriza, baja estatura y pelo lacio, cuya mirada apenas se levanta de vez en cuando para fijarse en la multitud silenciosa. Gracias a su contextura delgada, el Grillo logra colarse hasta la primera fila. A su lado, un hombre murmura un monólogo cuyo sentido le es ajeno, pero que le resulta interesante:

“Victoriano. ¡Ah, ya viene la cosa!  
Piensa que es una batalla más.  
¿Qué se hizo el miedo? Yo los he

visto: meados en los pantalones... Y yo estoy más seco que el camino a Cirí en el verano... Y ese pendejo, se ve que es el más joven. Ni siquiera se atreve a mirarme. Pobre muchacho. De seguro que yo voy a ser su primer muerto. Ya se acostumbrará, y quién sabe si se envicia. Dispara, tonto, ya no tengo ni siquiera rencor para contestarte. Sólo un gran fastidio. Parece que me exprimieran un limón bajo la lengua”.

Frente a ellos se oyen voces de mando; luego vienen los disparos y el hombre bajito, vendado, sentado en la silla de los condenados, trata de incorporarse, sin darse cuenta de que está muerto; sus piernas se niegan a sostenerlo, y cae. La gente ahoga un grito de estupor y el hombre que murmuraba baja la vista y se marcha. Una mujer del montón lo ve alejarse y dice para sí:

—Pobre Ernesto Endara. Estas muertes le duelen siempre.

Ya es de noche, pero Grillo viene detrás de la carreta en la que llevan el cuerpo del fusilado. Al doblar a la derecha en la Avenida B, ante la sacudida de un bache, el cuerpo se revuelve y parece mirarlo, mientras le sale un

borbotón de sangre por la boca. El muchacho grita, impresionado, justo antes de que un soldado lo eche de allí, empujándolo con la culata de su fusil. Grillo se quita los lentes y corre desesperado hacia Salsipuedes.

En la entrada del zaguán, Palillo lo espera. Grillo quiere hablarle, decirle las terribles escenas que ha presenciado, pero su amigo lo detiene.

—Tranquilo. Yo sé lo que has vivido. Son los lentes...

Hormiguita no comprende lo que está pasando; mira a sus amigos llorar, sin contestar sus preguntas, y luego los acompaña hacia la densa oscuridad de su refugio. Molesto por sentir que lo han dejado fuera de esta aventura, decide que esa noche robará los famosos anteojos, y así lo hace.

Ya el sol está alto en el cielo cuando los muchachos se desperezan en su refugio. Lo primero que hacen es buscar los lentes entre sus cosas, pero de inmediato se convencen de que los han perdido. Cuando ven la cobija de Hormiguita vacía, comprenden lo que ha pasado.

Mientras tanto, bajando por Calle H, Hormiguita trata de poner tierra de por medio con sus camaradas. Si algo tienen esos lentes, él desea averiguar por sí mismo de qué se trata. A la altura de Calle 16 decide ponérselos, pero le da

vergüenza que lo vean así unas señoras que van al mercado y siguen adelante. Cuando pase por

Calle 17 se los pone, entre divertido y ansioso, y enseguida sabe que algo está pasando. Es tarde, y un grupo de jóvenes estudiantes está saliendo del Instituto Nacional; llevan en alto la

alambra que él no había visto nunca.

Los muchachos van gritando, vociferando de soberanía, patria y yanquis. Unos policías uniformados de azul los rodean más adelante, pero ellos avanzan. Al final del recorrido, un grupo de jóvenes y de adultos les sale al paso

Salón de autopsia, busco, encuentro  
el orificio de entrada, no el  
de salida. La ¿bala? Calibre 45.

Es joven, muy joven, leo  
la etiqueta, Ascanio Arosemena.

¡Panameño, tú también sabes decir que no!

Uno de los que está tendido sobre el pasto,  
muy cerca de él, mira al hombre de pie y dice,  
con evidente preocupación:

—¡Dios, van a matar a Rodolfo Ermocilla  
Bellido si no se cubre pronto!

En ese mismo instante siente el sonido seco  
de los disparos que hacen blanco a escasos  
centímetros de su rostro, y el miedo lo invade.  
Está llorando convulsivamente cuando Palillo  
se acerca y lo despoja de los lentes. Los tres  
mosqueteros de Salsipuedes se abrazan. Ahora  
todos saben lo que se esconde detrás de los  
anteojos compartidos. Cabizbajos, regresan al  
refugio para repartirse el pan diario. No saben  
nada de los cristianos ni de sus catacumbas,  
pues de haberlo sabido, se hubiesen sentido  
como ellos. Ser compañeros no es una teoría ni  
una arenga; para ellos es algo simple, son her-  
manos. Lástima que no hayan hurgado en la  
pila de libros usados que escoltan la entrada a  
su escondrijo; allí habrían encontrado uno que  
guarda un poema de Rogelio Sinán, que les  
hubiese caído como anillo al dedo:

## INFANCIA

Infancia clara  
pasada  
entre barriles y hongos y aros de bicicleta,  
cuando, corriendo entre hojas,  
el alma era más blanda y el camino era  
savia...  
Cada caída al margen de la dicha  
era una danza  
de sangre y de gritos  
mientras el viento promovía un  
levantamiento de ramas.  
Oh, en esa hora me atacaron los lobos del  
desierto  
e hice de mi conciencia un jeroglífico  
para que lo leyeran las estrellas  
que son puras y castas...



*Salsipuedes. Allí todo es fiesta, es el bazar de la vida en un abanico de siglos diferentes.*



## II

# RENATA DURÁN

*"Hay un día en que todos los acontecimientos tienden a la ensoñación"*

Saúl Bellow

A bre el periódico con calma domingue-  
ra. Poca atención le da a los titulares  
de siempre, busca la página de opinión, el  
suplemento cultural y literario, se detiene en  
una reseña: "El secreto de Adolfina". Qué  
nombre tan poco usual; le recuerda los del  
Almanaque Bristol. Le entusiasma el comen-  
tario. Él es un lector "furioso" como su amiga  
Lupe Salazar, pero ¿y quién es esa autora?  
Nunca la he oído nombrar. La novela se titula  
"Memoria de viento". Quiere leer ese libro,  
pues siente que hay algo en esa trama con la  
que él se identifica. El lunes lo comprará. Pasa a  
los anuncios fúnebres, un frío glacial lo hiere  
cuando ve su nombre: ha muerto... Sus honras  
son... ¡No puede ser! ¡Pero si él está vivo y  
leyendo! ¿Será una broma? Llama a su amiga  
Griselda, nadie le contesta. Luego marca los  
números de Isolda, Raquel, Itzel, Paco, Gloria  
Melania, Juan Manuel, Adviel... No hay quien

le responda. Un torbellino de ideas lo acosa; recuerda su niñez en Salsipuedes, con sus amigos, los otros dos de los tres mosqueteros.

De pronto, aparece la sonrisa malévola de ese anciano con sus gafas multicolores. A su mente angustiada acuden unos versos lejanos:

### UN CANSANCIO DE SIGLOS

Un cansancio de siglos  
me persigue  
lentas bocas gastadas  
con besos y palabras  
horas profundas  
de la nada  
el espejo del mundo  
mirándose en sí mismo  
manos que todavía  
construyen  
perfectos sueños  
para imposibles seres.

**Renata Durán**

### III

## PINOCHO

*"En el alma infantil  
hay sitio para todo."*

**Andrei Bítov**

**E**l Grillo y Hormiguita intentan despertar a Palillo. Muy temprano deben salir a vocear los diarios: El Siglo, Crítica, La Estrella de Panamá, La Hora, La Nación.

—¡Por un cuara, descubran al violador de San Miguelito!

Palillo reacciona ante el jolgorio de la calle; allí todos hablan en voz alta. Siente su cuerpo adolorido aún por el cartón de la cama. Trata de sumergirse en la rutina, pero de pronto llega el temible cojo:

—¡Palillo, Palillo apúrate, déjate de vainas, a trabajar!— Le entrega la bolsa repleta de sobrecitos de papel manila

—¡Hoy te toca repartirlos en las cantinas del Mercado y en la Bajada del Ñopo, y muévete que te están esperando!

Cede otra vez a la tentación y se coloca los exóticos espejuelos; con ellos, los envoltorios

grises que tanto detesta se convierten en amasijos de púas, en hielos punzantes listos para desgarrar la carne de los débiles. Cuando alza la vista, observa a miles de cuerpos cadavéricos que vienen hacia él con las manos extendidas, en una especie de danza macabra y espeluznante que lo hace estremecer. Aterrorizado por la visión infernal, Palillo corre, pero los cadáveres lo persiguen, extasiados ante el sendero de blancas púas que va dejando en su carrera. Los ve revolcarse, oler la senda maldita, lamer con sus viles lenguas el suelo oscuro, hasta que oye un disparo, seco y cercano, y los lentes multicolores caen de su rostro con languidez. Por Salsipuedes, por la Calle del Espanto, viene bajando un vejete quien se detiene frente a su rostro y recoge los lentes con alegría.

## IV

# SHEREZADA

*“Si el hombre sólo puede vivir  
una vida es como si no  
viviera en absoluto”*

**Milan Kundera**

Vuelve a leer la nota fúnebre. Allí está su nombre; es más, está el de sus familiares, invitando al acto luctuoso.

—¡No puede ser! Me toman el pelo, se burlan de mí!

Busca El Siglo con sus noticias escandalosas, y lee: “A orillas del lago Alajuela cae un helicóptero, mueren sus ocupantes...” Entre ellos aparece su nombre. Vuelve y llama a Griselda, nadie le responde. Llegan sus hijos y abren la puerta; están llorosos; él les habla pero no parecen escucharle; él insiste y aún les grita. Ellos se acomodan en la sala. Nadie le presta atención. ¿Qué pasa?; él no entiende nada; se acerca a ellos quienes hablan de su padre... de su pérdida.

Allá, en los Himalayas, en esas montañas que acarician el cielo con sus puntiagudos dedos, ella... la **Tibetana**, súbitamente

reacciona. Una luz distinta le hace vibrar, sus ojos se inundan de lágrimas. Una sola de esas lágrimas encierra todos los mares y sus tempestades. ¿Cómo lo sabe? No lo sabe, lo siente. Un repentino monzón baña las selvas y las llanuras de la India. La **Tibetana** lo ama; los dos son uno. ¿Cómo lo sabe? No lo sabe. Lo siente. Ella desliza aquellas palabras que son de fe:

—No puedes morir; sólo no puedes llegar al Nirvana. Lo haremos juntos.

Ambos creen en el devenir existencial de muchas vidas; tienen afinidades y contradicciones; poseen poderes extrasensoriales. Pero ella más que él. Se conocieron por un libro que le enseñó a superar todas las coordenadas, como había predicho Borges en su Biblioteca de los Espejos: "cada obra tiene su lector" y él es el escogido de las orishas y de los gurús. Él tiene el karma que ella ansía. Ambos tenían ya sus vidas hechas: él en un Panamá de fantásticas odiseas; ella entre las nieves de los Himalayas. La Tibetana es una mujer instintiva, salvaje por su espontaneidad, intuitiva por su clarividencia y fuerza psíquica; sabe seducir con sutiles palabras y conoce cómo aromatizarlas con ocultas fragancias. Él la enamora con su erótica inteligencia, con su sabiduría de siglos. Tienen un amor virtual que trasciende sus emociones. Rompen paradigmas, los orgasmos son etéreos. Ella, elegante y famosa, se mueve entre prínci-

pes, artistas y millonarios. Él con la sencillez de un profesional sin pretensiones de nada, se precia apenas de una riqueza interior. Ella así lo comprende y así lo acepta. Saben cómo se viaja por las galaxias y cómo se ilumina con amor los agujeros negros del universo. Pueden dialogar con Buda, hablarle a Confucio, a Mahoma y a Cristo. Yemanjá los cubre con su velo marino. Los dioses del Tacarcuna los bautizan con las aguas del Tuirá y Chucunaque. Los lamas del Tibet les brindan la fuerza del tercer ojo; los masones comparten con ellos su hermética sabiduría y los egipcios les comentan los grandes secretos de Tutankamón. Han llegado a caminar con Borges por el jardín de los senderos que se bifurcan entre una encrucijada de estrellas, avizorando el laberinto de los inmortales. Por eso ella no puede aceptar su muerte, e invoca todos sus poderes psíquicos; ella viaja en el tiempo de lo imposible y lo rescata de ese trágico accidente. Cuando el helicóptero cae, una nube de seda amortigua el golpe mortal que se transforma en sólo una herida leve. Lo ha salvado con su amor cósmico. Cuando él despierta en el hospital, piensa que se trató de una pesadilla; habla con sus hijos; ellos le sonríen y lo miman con sus cuidados, olvidando por completo que en otro instante han llorado su muerte. La voz de La Tibetana se deja sentir en el viento sutil; en el susurro que lo acaricia y en el beso enigmático que le restaura la vida.

Cierra los ojos y los demás acuerdan permitirle un descanso; ignoran que en su conciencia se está cincelando un mensaje para ella:

### BAJO TU PIEL

Bajo mi piel  
late tu sangre  
me llueve adentro  
un agua  
de emociones  
distintas  
Algo de ti hay en mí  
ahora para siempre  
y una parte de mí  
la más sutil  
se hace aroma  
y tibieza  
y se anida  
en tu sangre,  
bajo tu piel.

**Renata Durán**

## V

# BARBA AZUL

*“El realismo literario sólo  
puede ser tomado por realidad  
desde el punto de vista de quién  
participa de esta realidad.”*

**Andrei Bítov**

Un sol sofocante obliga a las palomas a refugiarse en las torres de la Iglesia de Santa Ana. Grillo, con pasos cortos, cruza con nerviosismo el parque. No falta un limpiabotas que le diga una estupidez, un hombre grita “raspao, raspao!”; mientras la negra Antonia ofrece mangos a real a los que pasan. Él quiere llegar a Salsipuedes a comprar el bolígrafo más llamativo que le ofrece La Cubana, el más llamativo, el que tiene grabados los hermosos tréboles dorados. Se le antoja que ese bolígrafo fue elaborado sólo para él, y quizás así sea, pues en el portal de la botica El Javillo, logra hacer milagros: por fin ha resuelto un problema de matemática mediante la regla de tres y -¡oh, prodigio!- ha redactado impecablemente su composición sobre el poeta Gaspar Octavio Hernández. Embelesado, dibuja extravagantes jeroglíficos y en el centro traza nítidamente el

tres. Pasa un anciano asiático y se detiene a ver la hoja; se la pide y la observa desde cerca. Grillo lo interroga, pero él sigue viendo los garabatos con extrañeza; hasta que responde:

—¿Quién te enseña estas cosas? Son los trigramas chinos, con ellos se simboliza la vida humana.

Grillo cree que ha hecho algo malo, por eso no le reclama al anciano la hoja que éste se lleva, calle abajo, mirándola aún con detenimiento.

Hormiguita vende los últimos periódicos del día con llamativos títulos. Es miércoles, día del "miercolito". Ya se anuncian los números de la lotería, dicen que jugó el 03, el "súper duro". Él recuerda los números encontrados en la madrugada, frente a la panadería "La Bola de Oro"; rebusca en sus bolsillos y ahí los encuentra: son varias fracciones de 03. En plena calle, Hormiguita a duras penas contiene el deseo vehemente de gritar.

Los dos mosqueteros se regalaron una linda bicicleta. El Grillo jubiloso la monta y pedalea, haciendo originales malabarismos en la Calle Colón. Se siente un maestro en el arte de las piruetas; la Calle Colón le queda chica y se lanza hacia la Avenida B. Un diablo rojo le apunta, amenazándolo con sus metales herrumbrosos, pero el Grillo logra esquivarlo, aunque a duras penas. Asustado, se lanza avenida abajo,

hacia Salsipuedes. La gravedad lo vence, sólo atina a aferrarse fuertemente a la bicicleta y a cerrar los ojos. El impacto es terrible, el bus y su bicicleta han anclado en el cuerpo de Grillo. Logra ver, fugazmente, la pluma de los hermosos tréboles dorados bailando con el viento, y las manos enjutas de un anciano que la toma al vuelo, sonriente. La gente se aglomera en la esquina de El Javillo.

La suerte se viste de negro en Salsipuedes. Se inicia el ciclo del descubrimiento.



*En la calle del pueblo se compran los libros más baratos,  
es el paraíso de Juan Manuel.*

## VI

# KAMA SUTRA

*“Sólo el protagonista  
vive sin tiempo”*

**Andrei Bítov**

**G**riselda, la señora de bien, pragmática y de múltiples facetas, queda obsesionada con él. Le atrae su mirada, gestos y porte de erudito. Lo aborda sin timideces:

—¿Cómo te llamas? Estoy segura de que te he visto antes. ¿Será en Mónaco o Londres?

—Nunca he viajado a esos lugares.

—Entonces puede ser en Bogotá, en La Habana o en Caracas. Vamos, te invito a un café. Veo que te gusta leer; a mí también. Me encanta Hesse, sobre todo Siddhartha. ¿Qué estás leyendo?

—*Memoria de viento*. Es de una autora poco conocida; su primera novela. Lo cierto es que me fascina su temática; me siento identificado con los protagonistas y la trama. Me interesa lo esotérico, me gusta su prosa metafórica, las imágenes son contrastantes; oscila entre el erotismo poético y el misticismo exótico.

—¡Qué casualidad! Soy maestra de yoga, pero trabajo con una firma de marca mundial. ¿Es paradójico verdad?

—Así lo creo, todos tenemos luces y sombras. Somos ángeles y demonios, eso nos hace humanos.

Griselda, como otras mujeres, también tiene una vida secreta; detrás de su formalidad de ejecutiva anidan pensamientos de intensa sensualidad. Al hacer el amor con él, ella se interna en los bosques mitológicos de la voluptuosidad, vibra al unísono con su piel, devorándolo como un depredador a su presa, pero insuflándole su energía vital. El Kama Sutra ya no guarda secretos para ellos; ellos disfrutan sus orgasmos oceánicos y sus besos tienen la intensa humedad del Amazonas. Bailan entrelazados la danza de los odissi con sensualidad, gracia y lirismo. Sus suspiros apasionados los llevan a volar hasta los anillos de Saturno, donde los dioses del Cosmos tienen su morada, allí reviven el instante de la penetración. Ella es posesiva, cosa que no niega; ni debe hacerlo; eso es parte de su ser; también es obsesiva con el que llama su hombre, y le va creando diques en su entorno, acaparándolo por completo, sin dejar el menor resquicio por el que otra mujer pueda asomarse. Y cuando eso sucede, cuando aparece otra que lo desea, enloquece de celos y decide eliminarlo.

Ella dañó una pieza del helicóptero donde él iba de paseo al Chagres. Ha intuido lo de La Tibetana, pero ignora que La Tibetana lo protege. Estuvo a punto de matarlo, esa era su intención desde el día que cayó en sus manos la esquila de La Otra:

### SENSUALIDAD

Aquí estoy ante ti, desnuda de prejuicios.  
Con esta piel ardiente sedienta de tus manos.  
Yo siento en cada poro tu aliento como un nido  
en la tibia espiral que conduce a tus labios.

Ya conozco el placer, pues violé sus fronteras  
Hoy siento que mi carne, como un himno,  
te canta  
Naciendo entre tus brazos con su alarido  
de hembra.

Aquí desnuda, grito, susurro, me desangro,  
y siento en mis caderas la tortura de un látigo  
vencerme, triunfalmente, con su estertor  
de fuego.

**Teresa González Reina**



*En esa gran librería sin muros, Hormiguita descubrió que los libros tienen alma y personalidad.*

## VII MERLÍN

*"Hemos contado todo  
y no hemos contado nada"*

**Andrei Bítov**

**E**n una hermosa tarde de junio, el sol acaricia con tenues rayos a los transeúntes de la Calle del Espanto. Hormiguita limpia con entusiasmo los enseres del Almacén Tito. Al terminar, va a la panadería, donde disfruta las clásicas "michitas"; pan bien calentito es su cena, acompañada de una gigantesca soda "Royal Crown". Allí se encuentra con un viejito que luce gafas multicolores y una pluma con tréboles dorados, los mismos que les había visto a sus inseparables compañeros Palillo y el Grillo. No dice nada. El anciano olvida el cambio y Hormiguita, presuroso, se lo entrega; éste lo recompensa con una moneda diferente.

Es el solsticio de verano; el sol no quiere esconderse porque desea seguir iluminando al istmo panameño, y le roba a la noche su tiempo de ilusiones. A Hormiguita le quedan más horas para cumplir sus funciones de mensajería entre el relojero, los buhoneros, los carretilleros y las billeteras, en ese mundo pintoresco de

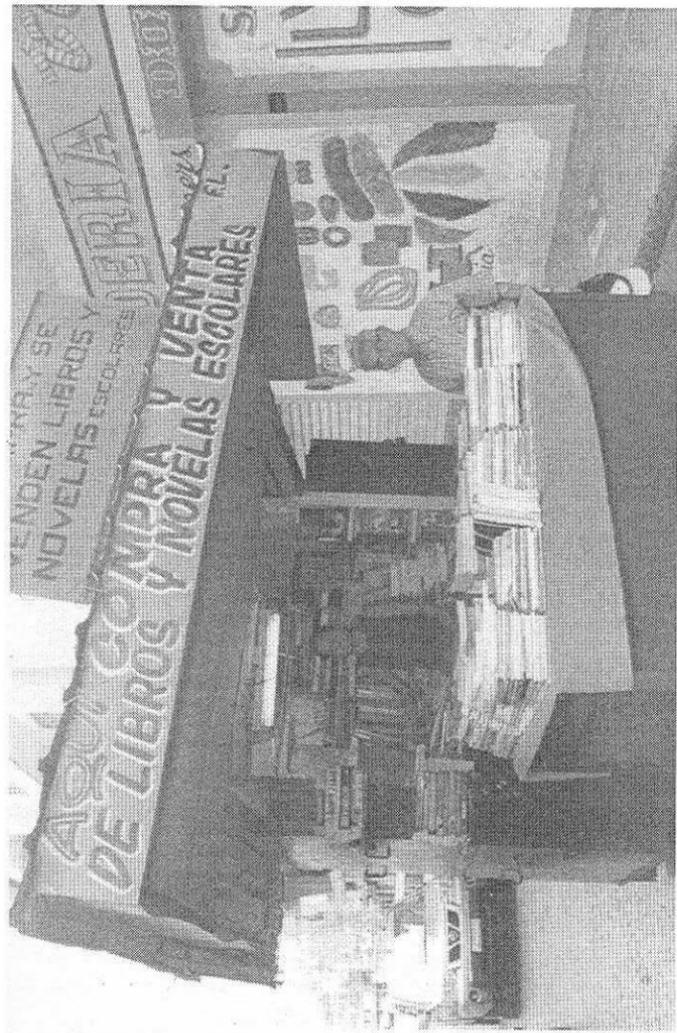
Salsipuedes. Hormiguita es el amigo de todos, les sirve con alegría. Se emociona al ver pasar a "La Flaca"; sabe que se llama Rosa María, y que nunca sale sin doña Carmen de Crespo, quien lo mira con ojos de tigre, como diciéndole: ¡Ni te le acerques!

Sentado bajo la sombra de un frondoso guayacán, Hormiguita mira y remira la reluciente moneda, cuando en eso se percata de que esta se contorsiona en su mano y comienza a narrarle su peregrinar, como si se tratara de una vieja amiga suya. La moneda le dice que ella participó con Balboa en el descubrimiento del Mar del Sur, y que luego estuvo entre el botín que Henry Morgan capturó cuando se toma la ciudad de Panamá, pero que por un descuido del inglés cayó en manos de unos negros cimarrones, con los que huyó a Chepo. Le contó que durante las Ferias de Portobelo pasó por muchas manos, y hasta llegó a ser entregada como ofrenda al Cristo Negro. Le dijo que fue una entre las monedas que recibieron como salario los trabajadores del Canal Francés, bajo el mando de Lesseps, y que estaba en el bolsillo del capitán del vapor Ancón cuando hizo su primera travesía por la Gran Zanja. La moneda le afirmaba que fue encontrada entre las pertenencias de uno de los liberales que murió en la batalla del Puente de Calidonia, durante la Guerra de los Mil Días, y que de allí pasó a la bolsa de un oficial conservador. Más tarde,

desde una gaveta en Coiba supo cuánto sufrió Floyd Britton cuando lo iban a asesinar, y fue dada como pago de una mercancía en Santa Fe de Veraguas, justo durante los días en que secuestraron al cura Héctor Gallegos. Durante la invasión de 1989, estaba como amuleto en la caja fuerte de un rico comerciante, y de allí la extrajeron manos extrañas en medio de los saqueos que sobrevinieron. Fue así como la obtuvo el malvado viejo de las gafas extrañas.

La moneda parlante previene a Hormiguita de la astucia de ese infernal hombre, pero le asegura que su inocencia puede salvarlo. En ese momento aparece un hindú de los almacenes de la Central, quien parece haber escuchado la conversación, pues le aconseja cubrir la moneda con hierbas aromáticas y luego sumergirla en agua de clavelito. Se va y un rato después aparece con las hierbas y el agua. Hormiguita acepta su consejo y, enseguida, la moneda captura el alma del sol. De los desiertos de Taklimakán parece haberle llegado la fuerza anímica de todo el orbe.

Como una sombra, el anciano de los anteojos multicolores y la pluma de los tréboles dorados, se ha ido acercando; su mordaz sonrisa anticipa un trágico final para Hormiguita, igual al de los dos mosqueteros que ya asesinó. En una acción inesperada, la moneda salta a las manos del viejo y ambos desaparecen con el último rayo de luz del solsticio de verano.



*Los libros leídos son privilegiados; tienen anotaciones, marcas, dobleces.  
Tienen los humores de sus múltiples lectores.*

## VIII

# HORUS

*"Los dos somos ilusiones  
tan cargadas de deseo y amor  
que alcanzamos la carne..."*

**Renata Durán.**

**G**riselda llega al hospital, elegante como una muñequita Barbie y lo saluda con una sonrisa sensual:

—¿Cómo estás papito? Recibí tus llamadas pero viajé de apuro a México, tú sabes... negocios. Me enteré de tu accidente y aquí estoy para mimarte.

Él la observa con curiosidad y asombro mientras le extiende su mano. Ella la besa. No puede evitar su atracción; ella es una seductora que tiene la experiencia de todas las meretrices de la antigüedad; pero él no se engaña pues sabe que ella es una fiera peligrosa.

Sus largos años como hijo de la calle, hacen que proceda con prudencia. Recuerda las horas cuando disfrutaba con Juan Manuel, "el españolito", leyendo en la mejor librería de la ciudad, la de Salsipuedes, donde están los más famosos libros a un dólar. Julián lo había hecho

su asistente, y él llegó a conocer todas las obras y el lugar dónde estaban. En esas montañas de libros, él distinguía cada uno por su color y fragancia. Los libros también tienen alma y personalidad; ellos se comunican con él. Le hablan de sus dueños; de cómo los adquieren por su tamaño y cubierta; de como sólo desean lucirlos en sus enormes bibliotecas pues son únicamente elementos decorativos. Son vírgenes. Los protagonistas y los dramas nunca despiertan de sus sueños invernales. Otros le cuentan con alegría que los han leído y releído muchas veces, pues tienen anotaciones, marcas y dobleces en sus hojas. Los personajes conviven con las putas en las cantinas; los poetas las acarician y ellas son conquistadas con los más sensibles versos. Se imaginan que son princesas; que son las musas que los alientan a escribir; que son sus amores. Los libros leídos son privilegiados, participan de emocionantes tertulias; son bohemios a la par de los músicos; son pintores y artistas de la palabra que se beben en una noche todos los océanos juntos. Cada una de las páginas tienen los olores de las bebidas más exóticas; asimismo están impregnadas de los humores de sus múltiples lectores; esos libros viven sus aventuras y tragedias. A él confían las cuitas de Ricardo Miró, Ramón Jurado, Joaquín Beleño y Rogelio Sinán. Nunca olvidan a Neco Endara, José Franco, César

Young, Mario Calvit, que sí son lectores y saben gozar cada obra que llega a sus manos. Sus largas tertulias con Simbad, Copperfield, Sherlock, se las comenta a Erika Harris y ella al pie de la letra, al estilo de Ariel, las eterniza en un cuento que titula El Bibliotecario. Él hace memoria de sus estudios primarios cuando leía la revista Billiken y Selecciones. Pero lo más inolvidable es su experiencia en el Nido de Águilas.

—Papito, llegaron tus amigos; te dejo con ellos; luego regreso.

Es Griselda, quien lo besa en la frente. Él sonrío. Allí están sus compañeros del Instituto Nacional y de su época de dirigente estudiantil: Humberto Brugiatti, Polidoro Pinzón, Blas Bloise, Floyd Britton, Ricardo Ríos, Narciso Cubas, Luis Aguilar, Abraham Bell, Andrés Cantillo.

—¡Hermano, tienes más vidas que un gato: ni en Tute te hicieron un rasguño, ni tampoco los gringos pudieron contigo! ¿Cuál es el secreto?

Él los mira con simpatía. Hace años un viejo español, residente en Darién, detectó en él, Hormiguita, poderes psíquicos. Sus distintas vidas oscilan entre extremos, conoce la fugacidad de la existencia, la gloria, el dolor, la humillación, ha visto el ayer y conoce el futuro. Ha convivido con déspotas y tiranos, con santos

y mártires. Es un elegido; un ser de luz. El arquitecto del universo lo guía. Salsipuedes fue su escuela; allí jugó con otros niños y tuvo sus primeros amores. Le gustaba ir a los cines El Dorado, Amador, Variedades, Edison y Ancón. Creía que era el Llanero Solitario, Flash Gordon, Tarzán, Jerónimo y el Zorro. Siempre con él sus amigos, los otros dos de los tres mosqueteros: Palillo con su ingenuidad y Grillo con su picardía.

Sus amigos se despiden y él piensa en Griselda y escucha en su somnolencia un poema que ella con ternura le regala:

### HOY TENGO MIEDO DE SOÑARTE

Hoy tengo miedo de soñarte  
 puedes llegar desnudo a amarme  
 a romperte en mis manos  
 puedes llegar a conversar  
 con una de mis otras  
 y yo veré que vives,  
 sin poder acercarme  
 pasajera de obnubilados  
 corredores sonámbulos.

**Renata Durán**

## IX VENUS

*"Las estrellas pastan  
en los potreros de la noche"*

**Dulce María Loynaz.**

**L**a Tibetana recorre las latitudes más extrañas, su alma tiene el sosiego de las meditaciones milenarias, su sed de infinitos la lleva a los espacios abiertos de los grandes maestros. Su sincretismo espiritual armoniza la fuerza ontológica de los cultos sagrados de la India, China, África y América. Cree en el Nirvana; cree que el devenir existencial es una permanente catarsis. Es vegetariana. Se identifica con el ying y el yang como principios dialécticos de una vida plena. Tiene la espontaneidad de los orishas, lo esotérico es parte de su ser místico. El erotismo de Baco y Dionisio la acompañan, la sensualidad es un modo de ser. En ella todo es auténtico. Es una médium. Sus pasiones son abismales.

Ambos se encuentran en un viaje a Palenque, universo tropical de los Mayas. Ambos aman la historia y en un riachuelo donde ella se baña en comunión con la naturaleza, él la admi-

ra. La soledad de la selva los une. Se comunican sin palabras ni gestos, sus miradas se entrecruzan, surge un chispazo como la colisión de grandes asteroides. Se poseen sin tocarse. Todos los poros de él son penetrados por su energía; ellos vibran al unísono; la entrega de ella es inmediata; ella lo intuye... él es aquello tan ansiado; ellos se besan silenciosamente mientras la selva canta y los perfumes secretos se liberan. El amor se encarna en sus risas y llantos; palpitan con furia huracanada y el éxtasis los lleva por desiertos y montañas. Ellos son la poesía de la vida. Las luciérnagas le iluminan sus senderos hacia el paraíso y dejan fluir un poema para ellos...

### LLEGA TU VOZ

Llega tu voz  
 a veces  
 a tocarme  
 la espalda  
 hay un roce  
 de sedas  
 en mi cuerpo  
 y tu respiración  
 me sorprende  
 con un beso  
 de aire.

Renata Durán

## X

# JORGE CONSUEGRA

*"El arte se hace con todo el cuerpo;  
con los sentimientos,  
los pavores, las angustias  
y hasta los sudores."*

**Ernesto Sábato**

Él se siente como pez en el agua cuando comparte con sus amistades el gusto por la lectura. La literatura es un sendero de encrucijadas; de pasiones contrastantes; de silencios y misterios. Es un diálogo entre almas; un espejo de pesares, sensaciones, obsesiones y simpatías. Comparte con Virginia Woolf uno de sus aforismos: "Soy como un gusano que come la madera de un viejísimo roble. Busquemos la perfección de las arenas, llevo en mí una vasta herencia de experiencias."

Sus tertulias con Rosa María Britton, Ramón Fonseca, Jorge Thomas, Javier Riba Peñalba, Rose Marie Tapia, Bill Boyd, Itzel de Erhman, Salvador Medina, Isolda De León, Ariel Barría, Enrique Jaramillo Levi, son gratificantes. La literatura le hace conocer a Jorge Consuegra, a Francisco Herrera Luque, a Luz María Jiménez